La renuncia como realismo

EL último grado de la asimilación e integración de/en los valores burgueses se produce cuando el principio de realismo es admitido en su acepción dominante, positivista, fuertemente cargada de desprecios para con las «pasiones», las «utopías», los «sentimentalismos», los «idealismos», etc. Alguien diría que este realismo se yergue sobre la negación del «factor subjetivo»; o lo que es lo mismo, sobre la aceptación acrítica e incondicional de lo existente en cuanto orden objetivo asentado e inamovible. La quietud, peor, la pasividad mental que dicho realismo conlleva se aprecia no sólo en los problemas epistemológicos y gnoseológicos inherentes a las trabas del avance cognoscitivo, sino además, y unido a lo anterior, en el mecanicismo lineal, autómata y antidialéctico que anida en su interior. Mecanicismo y pasividad, ambas, que terminan por transmutar el realismo en renuncia: dado que lo real es inmóvil cualquier pretensión transformadora que fuerce en exceso la realidad obliga a lo inmóvil a pugnar con lo móvil, produciéndose así el peligro de involución, de retroceso y de pérdida de las conquistas logradas mediante el consenso y la negociación —únicos métodos adecuados, por otra parte— con lo que nos situaríamos de nuevo en el punto de partida, y ante esto, sólo la renuncia del «idealismo revolucionario», en concreto del derecho a la autodeterminación y a la independencia de los pueblos oprimidos nacionalmente, y la aceptación del realismo reformista —acatamiento de la Constitución y del Estado de las Autonomías— como método de progreso desde dentro mismo de lo existente y sin buscar jamás su radical cambio cualitativo.

Jordi Solé Tura, afamado defensor del eurocomunismo en sus tiempos, copartícipe en la elaboración de la Constitución, defensor a ultranza de la estrategia de pactos y negociaciones en las cúpulas, concluye en este libro la trayectoria por el sendero del realismo al uso hasta la puerta magna de la renuncia como sistema. Y se trata de la renuncia a uno de los ejes clásicos, imprescindibles de toda política democrática: el derecho a la secesión. No sirve de nada el que el autor intente salvar jirones de prestigio reconociendo la validez de tal principio en contextos exteriores a los del Estado español, porque lo califica en definitiva a un revolucionario no es lo que dice acerca de lo ajeno, sino lo que hace en lo propio. Y en este hoy y en este aquí, en el ahora, Solé Tura se muestra como impositor a las clases y naciones oprimidas por el Estado, de la nacionalidad del Estado en sí, de su continuidad y modernización. Lo hace desde dos pilares de cuya existencia es él mismo responsable: la Constitución y el marco autonómico: Los dos dan fuerza y argumentación al vigente orden de cosas, ayudan a reprimir ansias liberadoras, encorsetan multitud de luchas y ahogan resistencias a la vez que justifican toda serie de desmanes y abusos antiobreros y antipopulares. La invocación permanente de realismo, de objetividad, de consenso que realiza a cada página: la alusión continuada al golpismo y al involucionismo; los llamados a la racionalidad y a la cordura de los nacionalismos y regionalismo; los ataques de irracionalismo a toda reivindicación nacional que desborda las cauces que él ayudó a



imponer: todo muestra cómo el sistema de renuncia ha sido llevado a sus más altas perfecciones.

Como grandes argumentos a su favor presenta el supuesto «progresismo», el «avance» que implica la democracia constitucional con respecto al franquismo. La defensa de tales conquistas se realiza no desde la exigencia de imposibles logros, sino desde la lenta transformación pacífica dentro del marco legal: desarrollo de todas las potencialidades, reconocidas y sancionadas en las leyes, sean estas generales, autonómicas o regionales. Mientras que desbordar dichos cauces llevaría, como se ha dicho, a la guerra civil y a una nueva dictadura: ¡Y el realismo impone la renuncia!. Renuncia comprensible por cuanto: «aceptar el independentismo es rechazar el modelo político de la Constitución. Aceptar ambigüedades (sic) de fondo al respecto, como la del derecho a la autodeterminación, es también poner en tela de juicio el modelo político del Estado de las Autonomías, pues equivale a convertir a ése en un modelo provisional, que puede tener como una de sus alternativas la pura y simple desintegración del propio Estado de las Autonomías» (pág. 211). Y ya en la pendiente de la renuncia, el autor cae en charcos ciertamente asquerosos como el de, por citar uno, camuflar el aumento de fuerzas represivas de la siguiente manera cínica y descarada: «La creación de instituciones autonómicas no ha supuesto la eliminación de otras que cumplían una función administrativa (!!sic¡¡) análoga, sino la superposición de las dos. Si en el mismo espacio físico de una gran ciudad operaban antes la Policía Nacional, la Guardia Civil, la Policía Gubernativa, la Policía Judicial y la Policía Municipal hoy siguen operando las mismas y en Cataluña y Euskadi actúa además la Policía Autonómica. Esto sin contar las diversas entidades privadas de seguridad. El resultado es la confusión de las funciones respectivas, el aumento de la ineficacia y el encarecimiento de la institución» (Pág. 205). Si exceptuamos a la Policía Municipal, resulta que para Solé Tura la Guardia Civil, y el resto de sistemas represivos, vigilantes, controladores y de seguridad burguesa son una simple «función administrativa»: para colmo el autor exige menos



confusión, mayor eficacia y costos más acordes con su «función administrativa». No es pensable mayor racionalización de la tarea represiva.

En resumen, para los que reivindicamos no sólo la «pura y simple desintegración» del Estado de las Autonomías, sino sobre todo la pura y simple desintegración» de España en cuanto auténtica «cárcel de pueblos»; para nosotros, que asumimos no la utopía sino el carácter de necesidad consciente del independentismo vasco, que asumimos la importancia de las voluntades y de los deseos históricos de los oprimidos y que los integramos dentro del concepto dialéctico y totalizante de realidad social, que no reducimos éste a un pobre mosaico cerrado en el que sólo cabe la pasividad y la renuncia, para nosotros, el libro de Jordi Solé Tura aquí reseñado, es el último paso, la conclusión lógica del largo proceso en el que sólo cabe la pasividad y la renuncia, para nosotros lógica, del largo proceso de degeneración y muerte que se inició antes del eurocomunismo, en aquellos años del lanzamiento de la consigna de «reconciliación nacional» —española— por el autodenominado Partido Comunista de España. Ahora culmina la evolución; durante el recorrido se ha ido asumiendo todo, desde la Monarquía hasta el Ejército y las «funciones administrativas» —represión— hasta acabar en su bandera: por no citar la propiedad privada. A la fuerza se tenía que terminar en la admisión de la sagrada unidad nacional-federal de España. Se ha tardado, pero se ha llegado.

Iñaki GIL DE SAN VICENTE

Egin 22-V-86

17.147

eman ta zabal zazu

DONOSTIAKO ZUZENBIDE-FAKULTATEA
FACULTAD DE DERECHO
DE
SAN SEBASTIAN

euskal herriko universidad
unibertsitatea del pais vasco

San Sebastián, 28- mayo- '86

Querido Jordi: Al fin apareció también en el periódico de la "izquierda abertzale" un comentario a tu libro. El título casi casi podría ahorrar la lectura de la recensión que, en cualquier caso, vale la pena.

Mis noticias, sobre Iñaki Gil de San Vicente, son que se trata de un cartero, autodidacta y devorador incansable de todo papel impreso.

Nada más. Un abrazo y hasta pronto. Saludos para Eulalia

JM